

Los estrenos vistos desde el guardarropa

UNA DE LA METRO

El señor López-Sancho, o sea don Lorenzo, como es uno que ha viajado mucho, dice en la crítica que lo bueno de esta peli es cuando sale la Gilda cantando el Amado mío, qué momento, o sea la nostalgia, el tiempo perdido, los felices cuarenta, la cosa. Pero el señor López-Sancho, o sea don Lorenzo, como viaja tanto ha debido ver la peli en el extranjero de fuera, porque yo me fui al Españañoletto, saqué una de guardarropa, me vi «Erase una vez en Hollywood» de pe a pa y de la Gilda nada monada.

O sea que la han cortado. Los niños plus ultra de los años cuarenta le echaban pintura roja a las piernas de la Rita Hayworth, cuando se estrenó «Gilda», y hoy algunos de aquellos niños están en el Poder, o sea que han llegado, pero no creo que les dure el trauma y sean ellos los que han mandado cortar a la amada mía. Este no debe ser el primer corte del nuevo Gobierno, sino el úl-

timo del Gobierno anterior. Seguro. Como el indulto.

Por lo demás, la Metro, o sea con el león, se ha festejado a sí misma en su cincuenta aniversario con una antología de musicales, y ves «Cantando bajo la lluvia» y «Escuela de sirenas» y «Un americano en París» y «Gigi» y todo lo que veíamos cuando éramos así, que comprende uno de pronto que se ha pasado la vida en el cine, y por eso nos hemos quedado en esto y no hemos llegado a nada. Es el romanticismo comercial de Hollywood, la fábrica de sueños y la cosa, sólo que como el tiempo trabaja siempre a favor de la derecha, uno no deja de sentir que todo ese celuloide rancio es su propia adolescencia y su vida entera, un álbum de domingos donde están todos los de nuestra infancia.

El revival, la retrocultura, y Sinatra y Crosby hechos una ruina apuntalada, y el aplauso que le pegó el personal a Buster Keaton, que ése está más vivo que ninguno, con su cara de muerto. Es como un señor de Ops, pero más en serio. ¿Y la Gilda, qué me han hecho con la Gilda? Habría de preguntarle a León Herrera, pero don León tiene ya un cargazo en la Telefónica o no sé dónde, y no quiere saber nada. Normal. ■
TIO OSCAR.



“¡Viva el Duque nuestro dueño!”

Esto es como unas carnestolendas para reírse del imperio, del honor, de la honra, de la fama, y para que quede claro que en España siempre fue posguerra y que siempre pasó hambre el pobre, o mejor dicho, que el hambre siempre se quedó con él. A estos del Pequeño Teatro y del Teatro Libre, con tanto Stanislavski y tanto Bertolt Brecht les van a dar un día aceite de ricino los guerrilleros y además les van a cortar el pelo al doble cero para que no se rían de la herencia inmarcesible. Es que no paran. Lo mismo te convierten en rojo a Ulises, que se ponen a cantar soleares de la «mano negra» o que te representan, como ahora, una lucha de moros y cristianos en el que cada uno va a lo suyo, y al pobre, que es la infraestructura, que le parta un rayo, con lo que el espectador cae en la cuenta de que no han pasado las centurias. «¡Viva el duque nuestro dueño!» tiene de actualidad lo del dueño, que está idéntico, tal cual, y los defensores del imperio, de la fe, de la honra, del honor, de la fama y de Occidente están en bunker almenado, y el moro negrazo y traidor penetra en el bunker y roba una doncella, que eso no se lo cree nadie, y le corta los pechos, y la devuelven desechada, y además muerta, para más inri, pero los pechos le florecen, y en esto se nota que todo es un cachondeo, pues si bien en la realidad pasa muchas veces, y yo podría contar un sucedido parejo, en el teatro no es convincente. Total, que a los del Pequeño Teatro los van a poner a caldo, como se descuiden. Lo mejor de todo es el hambre que pasan los pobres en la función, que son unos cómicos que están ensayando todo el día, menos el hambre, que no la ensayan y les sale muy bien. Y ahora los del Pe-

queño Teatro quieren poner una cosa de Voltaire. Son unos locos y un día de estos les va a pasar algo.
■ ALBERTINA.

La naranja dentro de un orden

En estos tiempos no se vive para sustos. Los críticos giliprogres (que dice un colega mío en un diario vespertino de Madrid) no hacen más que buscar tres pies al gato a las películas normales como la vida misma que se estrenan por aquí; y por si fuera poco, se dedican también (como demostré hace unas semanas) a reclamar la proyección íntegra de todas las películas famosas (que no importantes) que se hacen en el extranjero. El caso es que entre dimes y diretes han conseguido que se vea en España la espectacular y pernicioso «Naranja mecánica» del masónico Kubrick. Una película que pretende demostrar nada menos que por encima de la violencia de los delincuentes existe otra mayor y más feroz: la estructural. Kubrick cuenta esto con un cinismo estremecedor, rodeando su película de imágenes pecaminosas a base de falos, violencias, desnudos y violaciones: un cúmulo de despropósitos y agresiones al buen gusto del espectador, que no debíamos haber tolerado.

Sin embargo, puestas las cosas en esta encrucijada histórica que vivimos y padeciendo todavía la apertura originada por el señor Cabanillas al frente del Ministerio de Información y Turismo, se ha estrenado esta película en completa versión íntegra y ante un éxito de público que debo reconocer es inmenso. Si decisiones de alto nivel obligan a que esta peligrosa película se vea en España, no nos queda más remedio que aceptarlo aunque en nuestro fuero interno pensemos que hubiera sido mejor una reposición en cinerama de aquella obra

